

Enrique Casaravilla Lemos

(1889)

“Hay que estar para la muerte inocente y pastoril. Si es que hubiera más allá: inocente y pastoril!” (de “Inocencia”). Con este espíritu se inició el poeta en 1912. Había en aquellos versos algo de Julio Herrera y Reissig, algo de Juan Ramón Jiménez, pero mucho más, no de alma propia, sino de naturaleza: de juventud suntuosa y diáfana.

Una ligera crispación, una sombra podía adivinarse con todo debajo de aquel lustre primaveral. Este pagano no era un pagano. Este panteísmo mostraba sus precauciones: sus inocencias no eran eróticas sino infantiles. Se expandían los sentidos, como olores, a todos los ámbitos, pero lo sexual se mantenía perplejo, sin decidirse a intervenir.

Es que el autor pertenecía a una de las familias más católicas del país. Su padre —nos cuenta Zum Felde— había levantado junto a su quinta de Atahualpa, una capilla. El muchacho había sido educado por los Jesuitas en el Seminario.

Pero los sentidos estaban ya desorbitadamente desarrollados y sólo ellos entregaban al poeta las certidumbres más nuevas e indagadoras.

Al mismo tiempo, la nostalgia viva de un “azul” cristiano, que le venía de sí mismo y de Verlaine, y de ese misticismo modernista que ha sido casi siempre más bien mezcla que mística. Ella nace de una sensualidad refinada y sin aplicación precisa. Esta inocencia no viene de la humildad, mortificación o voluntad, sino cual “la dulzura del Angelus” de Darío sobreviene de golpe, casi sin ser buscada, por una cualquiera incitación del lugar o el minuto, desde que hay, por ejemplo, “un aire inocente a fuerza de rosales” en el paisaje.

Es a Zum Felde a quien hay que acudir para hacer la síntesis de este poeta. Su estudio, hecho de comprensión y simpatía, rastrea en Casaravilla la simultánea presencia de un místico, de un dionisiaco y de un filósofo. Para cargar durante años sinceramente y a fondo el peso de esta triple contradicción, se necesitaban otros nervios que los enfermizos del poeta, y nada de esa fragilidad indefensa de niño con la que ha andado, como perdido, siempre, entre amigos y extraños. No estamos bien enterados del número de veces que los asilos de salud han tenido que recoger a quien ya es, hoy, un viejecito que pasea su mirada evadida por senderos y calles de un pueblo cercano a la capital.

Dos observaciones más de Zum Felde: Casaravilla es uno de los poetas más cambiantes en sus fases psicológicas y, en segundo término, se da en él una desigualdad de valores de la que parece no tener el poeta conciencia ninguna. Si se le encarga seleccionar sus composiciones es casi seguro que aparte como óptima la menos feliz.

Después de 1930 ya no encontramos ningún libro publicado por Casaravilla. De tarde en tarde, y cuando parecía haber cesado por completo su actividad poética, en algún periódico, en alguna revista, aparece, a instancia de sus conocidos, un poema de Casaravilla. No sabríamos decir de qué modo le preocupó su prestigio en las letras.

¿Será verdad, como dice Zum Felde, que en el poema "Ruego" alcanza un acento místico tan puro, tan auténtico, que no halla, probablemente, semejante en la poesía americana? De lo que, en cambio, no dudamos, es del particular encanto que aéreamente fluye de los poemas de Casaravilla. Y también esto otro es verdadero: "Casi ninguna influencia literaria podría señalarse en esta definitiva obra poética de Casaravilla". (Se refiere el crítico a "Las Formas Desnudas").

"Es terrible: pero durante toda su vida no hará otra cosa que dejar a Dios para buscar a Dios" —decía escribiendo de Amado Nervo el entonces joven (1921), y tan penetrante cuan desconocido crítico nuestro Dimas Antuña. No sabemos si, a ciencia cierta, es éste hoy exactamente el caso de Casaravilla. Por lo menos, durante sus años más fecundos, lo fue.

Sus poemas brotan desde una religiosidad de fondo, invencible, más para ser sentida, pensada y paladeada

que vivida, desenvolviéndose a través de un tacto finísimo de los sentidos, sin casi experiencia del mundo —excepto un tanto vagamente, el de la mujer. Su gran atención parece, ni respirar, para ser fiel a su ritmo interior. Que el externo sufra algún tropiezo, que se deslice alguna abstracción más o menos adventicia, son cosas que al poeta no parecen preocuparle. Pero el poema sale de un adentro tan certero que Casaravilla resulta —dentro de nuestra poesía— una de las voces más verdaderamente misteriosas. Obras: Celebración de la Primavera (1912); Los Puntos de Apoyo (1919); Las Fuerzas Eternas (1920); Las Formas Desnudas (1930).

Celebración de la Primavera

*Estación, flores, risas!; ¿Quién su gozo interpreta?...
¡Limpia Luz!... todo el año te esperó mi alma inquieta,
que la fiesta celeste soñaba!... ¡que quería
abrir al sol divino los cristales, un día!
Como viste la rama, vistes tú la ilusión
humana, ¡que en tus tibias horas de reacción
vuelve a aletear lo mismo que si recién naciera!...
Disipa nuestras sombras, oh clara Primavera,
que activas la sagrada circulación vital,
la sangre de las venas y la sabia inmortal!
Que canten, pues, con júbilo, nuestros labios bermejos
los retoños que estallan en los troncos añejos!
¡Despertar!... ¡lozanía!..., que Roma, en las florestas
celebrara con juegos de amor y locas fiestas!
Asomaos al campo, que ha triunfado la Aurora,
y al mar... ¡miradlo!: ¿acaso parece el mar que llora?
¡Oh, las frescas glicinas de cristal, ondulantes
al aire herido a dulces golpes de alas incesantes,
y las hojas innúmeras que invaden la glorieta,
y el chorro azul que hace musical la pileta,
bajo el sol, y los gajos nacientes de la hiedra
que cuelga, ¡estremecida! de la pared de piedra,
que ofreciéndose al paso, van sucesivamente,
y el pulmón y los ojos reviven dulcemente!
Oh, vida. No hay guadaña que para siempre arrase...
¡Sentid, sentid el goce del campo que renace
al soplo de ese genio fecundo de la tierra
que trabaja en el río, en el valle, en la sierra,
en el oscuro abismo, y en lo que baña Aurora:
el fruto, (elaborando la flor), El ya elabora!...
Con admirable ciencia y orden —marcha el complejo
motor vital...; ¡el prado por eso nunca es viejo!
¡Siempre tiempos propicios reaparecen!
Y hay en los nidos vivos aleteos que crecen;
y suspiran las rachas —antes llenas de ayes!—
...Y esa divina carga de flores de los valles...*

¡Octubre!

Al azar tiemblan entreabiertas corolas
como estrellas traídas por invisibles olas...
¿Qué sabia aguja oculta bordará claro encaje
en la audaz trepadora que flota en el paisaje?
Al cielo un himno verde, de vida, alzan las viñas;
y rien las higueras, como grupos de niñas!...
Como frente sin nubes el palio azul se tiende,
y tu libre y alegre coro eterno, se extiende.
Da de alivio un suspiro de oro, el apagado
camino por las lluvias del invierno abrumado.
Rueda, bajo los rayos, el carro campesino
con un aire liviano que sorprende al camino.
Y hasta aquella ventana tan vieja! allá a lo lejos,
parece que se inunda de jóvenes reflejos...
Y el más aletargado modo de cuanto existe
tiene una ondulación que hace olvidar lo triste.

Al Vino

Tú viertes alegrías del corazón. ¡Qué triste,
sin tí se va la vida, noble vino orgulloso
y radiante de olvidos! Desde que el cielo existe
triunfa tu gozo como

un gozo religioso.

Qué ligeras las copas, cuando juntas palpitan
en tu amor ¡vino! Todas las embriagueces, aman
la sombra de tus ramas...! Los rayos en tí habitan
del Dios de los ejércitos,

¡Los rendidos, te llaman
para andar!

Los serenos campos con sus vendimias,

*amparan tus stirpes. Y como el pan, tú tienes la
gracia de la Cena Antigua!...*

Tus eximias

virtudes resplandecen sobre los dulces bienes...

¡Carnal dón nos entreabres, y velo ultraterreno!

¡Más eres loco, como la llama y el veneno!

Estremecimiento del Recuerdo

*Me tentaba... Mi río de deseos,
rojo,*

su cadera blanda de música rodeaba.

*Me arrastraba a la Alegría de sus dientes
y de sus más ócultas redondeces
nevadas.*

*Y mis imperios en llamas, se oscurecían...
y casi ya sobre su sexo suave...*

turbado y escondido,

*casi ya en el nocturno mar de su sexo
mi corriente de deseos deteníase,*

loca...

*¡Me hubiera entregado a muerte a su boca
a sus ojos...*

a la íntima y perfumada miel

de lujurias lloradas y curvos abandonos

de sus secretos carnales blancos y turbadores

¡Como un olvido entre amantes desórdenes dorados!...

A sus desnudeces de sollozo

blandas de vespertinas

y misteriosas sílabas,

y pálidas y ansiosas de lo nuevo...:

a sus carnes de infinito deleite

y alegrías veleras!

Me hubiera dado a ella todo entero

y como un racimo me hubiera exprimido

*Y como dos de esos otoñales racimos nos hubiéramos
[esparcido...]*

Luna

*Esta luna del barrio bajo —luna nublada—
me hace pensar en las cosas que se han perdido!
mientras muere una música sensual en un gemido...
que me despinta la felicidad deseada.
No puedo más... no puedo más, esta noche!... Nada
siento del alma, todo siento del mundo!, hundido
en lo inútil y muerto... , las alas sin sentido
ven en la luna como una tapa cerrada.*

Dicha de lo Pequeño

*Dulcemente colmada, una planta, las tiene:
flores azules, flores doradas, sonrojadas,
... igual que cual la risa sobre una boca ríe!
Una niña danzando con la aurora... a ella viene.
Ante la simple planta, yo he pensado — ¡acortadas
mis ansias!—: cómo en ella la flor vive, y sonríe!...
y cómo, en pobre polvo, me dan sus seres finos
las flores!, tan acá... tan allá... columpiadas,
que el destino no toca sus pétalos divinos.
Y olvidada sobre ellas, detengo mi alma, al ver
tanta sonrisa y tanta simpleza resignadas.
¡Copia tan nimia dicha, — ya han dicho mis destinos!...
Más ¡ay!, mi loca vida soñaba florecer
la tierra y le fue poco lo pequeño del mundo
que sencillas le daban las cosas, al nacer!
Creíase gran árbol, loco en crear fecundo,
teniendo a los desiertos para reverdecer
vuelto gigante selva... en su espacio profundo
y sin voz. Y ha ignorado a esas flores sin ansias
grandes, que en una taza exigua, al parecer,
ríen como si el mundo llenaran sus fragancias!...*

Separación

*(Moríase mi Padre; ¡se iba!
Y yo exploraba
sus ya lejanos ojos...*

*Más hondo: ¡no se ve,
no se siente! Sonaba la verdad. Se juntaba
a la sombra, y mi alma se nublaba, sin fe.
Sus días eran tantos, que lo cubrieron de años.
Su vida? era la vida — con sus ingratitudes
y con sus buenos ángeles!*

*... Acaso algunos daños
le hicimos con el ruido de nuestras inquietudes
Poco sabremos, nada...*

*Terminaba, caía
a lo hondo: Yo deseaba ver algo!, más... no vi.
¿Descendía al silencio? ¿A lo alto subía?...
En este suelo el roble se acaba. Y todo calla;
y las fuerzas se van perdida la batalla.
¿Cómo quedar, si en este lugar es todo así...?
*(Las Fuerzas Eternas)**

Ruego

*Señor, apártame de los débiles tesoros!
Dame los fuertes, ¡tuyos!, ¡tus tesoros!
los que no se abren con llave de oro...
No estos ¡tan pobres!
que como sombras en nuestras manos tiemblan,
y ofrecen una forma tan efímera
como el lloro y el gozo de los días...
No los que miro, vanos, me concedas;
no los que envuelven un deleite vano
¡sino los que no miro todavía,
que resplandecen con belleza eterna
en tu amor solitario y soberano
de inextinguible Esfera!
¡Los de tu dulce Océano lejano!*

Miseria de las Quintas

Aquel pasado, enhébrase en los huesos;
lo que era llama y rayos
ahora el ánima hiela.

¡Cuando éramos pequeños y corriamos
juntos con alboroto sin fin delicia loca,
entre las horas tiernas...!

—cuando brillaban fuentes limpias llenas
y de rosales altos, hoy anémicos,
cálido olor en pétalos caía.

¡Donde estarán ay! tantos camaradas
primeros, de estas Quintas
que sólo ahora reflejan recuerdos!

¡los más altos de ellos no están, oh árboles!
¡Algo que habla hay aún y algo suspira
hablando de sus juegos, de sus padres!...

—Rumores, tristezas; rota
estatua mira en las quintas,
calma fría que apena...—

¡Han desaparecido
como aquellas

sonoras
horas!

Secreto de Atardecer

Raro fondo de nube y terciopelo.
Estoy sólo ¿El amor? perdido anhelo...
Una delicia muerta —Lacio duelo
vago— las cosas tapa con un velo.
Los árboles adorno son del cielo
Estas cosas; ay! mira el desconsuelo.
(Alfar Nº 86)

Grandeza de Dios

*Dios produce a la perfección
los santos dentro de la Iglesia.
Más del otro lado
tal como nacen también
las florecillas
hacia la otra ladera lejana y
propicia
de la montaña,
produce otras maravillas
inesperadas;
los santos libres!*
(Alfar Nº 86)

Sonata

*La violeta, los lirios, la muerte con Eleria!
¿Qué deseo, qué busco en el sueño del mundo?
Voy libremente entre cosas tristes, con la pena
de un destino sin vida: o lo aparto o me hundo.*

*Dulce como la flor, infinita azucena,
en la tristeza de las tardes, errabundo,
grande como la luz, esperanza serena,
la busco en un suspiro solitario y profundo.*

*La abrazo en un suspiro solitario y piadoso,
la abrazo en un suspiro, sin que hacia mí la llame,
y en un altar la pongo, de la tierra, ruinoso,*

*mientras las hiedras negras me hablan de que la olvide,
y la primera estrella me dice que la ame
en un sumiso exceso, que el mundo no me impide.*

(Rev. Escritura Nº 5)

Figura de Julio Casaravilla

*Tanto espacio, sin Cristo. Todo impuro...
Qué, ya de su interés, hallar? —Desdice
las frases animales: contradice
la bestia en siempre acción de labio oscuro.*

*Náuseas de novelesco mal... Predice
que ser crucificado es lo seguro,
“¡No hay nada!”, “el pensamiento frente a un muro
negro, es la dignidad única”, dice.*

*La nada arrastra, vicia... el alma sola...!
—Un toro con la forma de una ola—
Malas horas, las cargas como buenas;*

*Traga dolores mil: ¡falsa es la rosa!
De Pascal ve el abismo, en cada cosa,
Y un pudor militar llora en sus venas.*

(Alfar, 1947 N° 86)